

## **Integrar nuestros esponsales a la incertidumbre en nuestras vidas a través del ritual**

¿Cómo podría mejorarse nuestra capacidad de vivir el cambio y la ambigüedad mediante el uso del ritual?

Pat Kozak, CSJ

Ya sea que estemos mirando calendarios o agendas de reuniones, el trabajo del liderazgo congregacional parece más complicado, más estratificado y aparentemente urgente que en épocas anteriores. En los días que permiten reflexionar, podríamos preguntarnos por qué.

«Lo familiar se está muriendo». Una afirmación sencilla y profunda. Es una observación que el terapeuta Francis Weller ofrece en una entrevista con Thomas Hübl, profesor y autor internacional. Mirando a su alrededor, ya sea a la vida de la congregación o a la sociedad en general, *lo familiar está muriendo*; se desvanece y luego desaparece, no sólo de la vista sino también de la recuperación o restauración. Estamos rodeados de situaciones nuevas, a veces imprevistas. Nos enfrentamos a preguntas que nos dejan inquietas y ansiosas. Nunca antes habíamos pisado este suelo y nos preguntamos si no se estará moviendo bajo nuestros pies.

¿Con qué frecuencia podemos oír afirmaciones y preguntas como éstas?

«Necesitamos vender la casa madre».

«Hemos perdido a tantas hermanas en estos últimos meses».

«¿Deberíamos crear una persona jurídica pública para albergar nuestros ministerios en el futuro?».

«Nos hemos asociado con colegas laicos y esperamos entregar la administración, incluso la propiedad de nuestras instalaciones».

«¿Hemos esperado demasiado antes de buscar un comisario? ¿Podría ser un modo de gobierno anticuado para nosotros?».

Estos comentarios recogen las experiencias de muchas líderes actuales. Para ellas y para sus miembros, los comentarios ilustran de manera concreta que lo familiar está muriendo. Sin embargo, este cambio de época no se limita a la vida religiosa. Vivimos en un mundo de tensiones crecientes, ya que nuestros modelos habituales de gobierno, comunicación, relaciones internacionales y clima están cambiando. Estamos rodeados de una sensación de «al borde del abismo», sin claridad sobre la dirección o el resultado. ¿Cómo vivimos en un tiempo y un lugar así?

Es un pequeño consuelo decir que nada de esto es necesariamente malo, que es simplemente la vida tal como se está desarrollando. Pequeño consuelo, en efecto, para las líderes que se encuentran en este terreno incierto, invitando a las integrantes a que se unan a ellas, a que se reúnan aquí, en el nuevo lugar, preguntándose: «¿Qué debemos hacer?». Y cada vez más importante: «¿Cómo elegimos ser?».

Estas preguntas invitan a reflexionar desde una perspectiva más amplia que la de un momento concreto. Nos invitan a llegar a lo más profundo de nosotros mismos, enraizadas en Dios, y desde ese lugar, contemplar el horizonte que tenemos ante nosotros. ¿Por qué pensamos que teníamos garantizado un futuro que reflejaría el pasado? Y en serio, ¿querríamos eso? El testimonio que ofrecimos de aquel tiempo pasado fue relevante y valiente, pero la familiaridad de aquel tiempo ya se ha desvanecido, si no ha pasado a la historia. Lo que se necesita ahora es la voluntad de reconocer las nuevas oportunidades que tenemos ante nosotras, el valor de vivir el nuevo testimonio que se nos ofrece, aunque aún no esté claro.

En mi trabajo con congregaciones religiosas, lo que suele ocurrir en momentos como éste es que alguien, ya sea líder o miembro, lo considere un momento de transición, un momento de «pasar página». Alguien sugerirá la necesidad de llorar la pérdida de la casa madre y seguir adelante; o para reunir y celebrar el don de un ministerio que está cerrando y «liberarlo». Otra persona pide un tiempo común para llorar la muerte de las hermanas y celebrar su presencia en nuestras vidas, con la esperanza de que esto ayude a las personas a superar este momento de tristeza y pérdida. «¿Podríamos tener un ritual para hacer esto?». La gente pregunta: «Tenemos que hacer el duelo».

Aunque hay algo de verdad en ello, creo que se corre el riesgo involuntario de depositar esperanzas en una solución rápida. Quizá un servicio de oración cuidadosamente planificado «lo consiga». Pero, ¿qué es lo que esperamos hacer? la necesidad es de algo mucho más que simplemente conseguir que la gente supere un momento y un lugar especialmente difíciles.

Está ocurriendo mucho más, y se necesita mucho más. Este artículo empezó reconociendo que la vida es complicada y tiene muchas capas. Lo que también es cierto es que nada en nuestras vidas ocurre en el vacío. Todo está interrelacionado. Todo está conectado.

Sabemos que existe una increíble diversidad entre nosotras. Es probable que la insistencia de alguien en que debemos llorar el traslado de una querida casa madre se vea contrarrestada por la sincera gratitud de otra persona por estar trasladando pasillos demasiado largos, demasiados espacios vacíos y una gran cantidad de recuerdos de formación desagradables. Ambas experiencias son ciertas. También puede ser cierto para algunos que la mudanza sea un reencuentro imprevisto con emociones remanentes de mudanzas forzadas y no deseadas en la infancia, que dejaron atrás la inocencia, la seguridad y las amistades. Igual de posible es que prácticamente todos los movimientos del pasado estuvieran marcados por el entusiasmo y la bienvenida. Llevamos estos recuerdos a nivel celular, experiencias intergeneracionales de hogar y seguridad, falta de hogar y pertenencia, tristeza y alegría. Son experiencias que han sido absorbidas inconscientemente en nuestro sistema nervioso, algo que reconocemos cuando decimos: «Lo sé en lo más profundo de mis huesos».

El ritual nos invita a ralentizar una experiencia y a darle espacio para que se desarrolle, a darnos tiempo para permitir que surjan las piezas y partes necesarias de nuestra vida. Hace falta el momento y el lugar adecuados para que esas experiencias salgan a la superficie, para que reconozcan que es lo bastante seguro como para presentarse. Es probable que todos hayamos vivido funerales en los que nosotros u otras personas nos hayamos sentido conmovidos por lágrimas y ternura inesperadas, por reconocer un poderoso sentimiento de pérdida o gratitud que sabemos que no está relacionado con la muerte de *esta* persona. Más bien, la situación actual proporciona un espacio acogedor para que una experiencia anterior se manifieste, reclamando la atención y la aceptación para las que ahora estamos preparados. Cuando esto sucede, se habilita una sanación y una creación total, un paso hacia un yo nuevo, más fuerte y bueno, más capaz de enfrentar el futuro.

El ritual supone la proximidad de un umbral, a veces visualizado como un velo o una puerta, que se levanta o se abre, que permite la visión y el acceso a una realidad más amplia. Esta generosidad de tiempo y espacio está más allá de nosotras e íntimamente dentro de nosotras. Salimos de esta experiencia liminal sabiendo que hemos encontrado un yo más grande y más verdadero con el que estamos reunidas.

El ritual sirve como anfitrión para que la verdad se exprese; ofrece un contenedor para contener de manera segura la vulnerabilidad, la incompletitud, el miedo o el potencial que las personas

han absorbido en su vida y que está listo para ser reclamado y actuado. En última instancia, el ritual es integrador, ya que permite que cada vez menos partes de nuestra vida se separen de nuestra sensación de totalidad.

Conviene hacer algunas advertencias. El potencial integrador del ritual podría sugerir que el ritual es un evento privado. No lo es. El umbral profundo de la liminalidad es un lugar comunitario; el dolor o el miedo, la belleza o la promesa que encontramos nunca es simplemente nuestra.

Por eso es tan importante el testimonio de la comunidad. Cada una de nosotras lleva nuestra fragilidad, nuestra propia incompletitud. También aportamos experiencia y sabiduría intergeneracional. Los recientes estudios sobre epigenética nos ofrecen mucho sobre lo que reflexionar en nuestro compromiso comunitario con la sanación y la integridad. El dolor y la inquietud que experimentamos pueden surgir tanto de las propias experiencias íntimas de la vida como de las vidas de nuestra familia extensa, cultura y sociedad. Podemos cargar con el trauma social de la herida de la creación o con el dolor y la ansiedad de la guerra, el hambre y la opresión. Además, somos portadores de la fuerza intergeneracional y de la profunda sabiduría de nuestros antepasados y de la propia creación. Usando el lenguaje de la fe, cada una de nosotras tiene la capacidad de «conocer» la experiencia de la resurrección. Se transporta en las células de nuestro cuerpo; está en el aire que respiramos. Somos capaces de «saberlo en lo más profundo de nuestros huesos» en función de nuestra encarnación. Solo estamos empezando a comprender esta interconexión y cómo nuestra propia autoconciencia, nuestra propia sanación y crecimiento se unen a la sanación del todo.

Por ello, es importante reconocer que cuando las personas ponen palabras a su experiencia, por ejemplo, nombrando una tristeza o un miedo, es casi seguro que se ven afectadas por los acontecimientos de nuestra comunidad mundial actual. No sólo lloramos la muerte de un amigo querido, sino también la de refugiados, cautivos, árboles y animales salvajes. A la inversa, cuando celebramos una nueva vida o una profunda experiencia de esperanza a pesar de los signos que indican lo contrario, podemos estar recurriendo inconscientemente al propio compromiso de la creación con la vida y la revitalización.

Esta sensibilidad a la liminalidad, a este «en el umbral» o «en el espacio», invita a una conexión con el Misterio Pascual. Reconocemos una rendición continua a la vulnerabilidad, reconociendo la paradoja de que nuestra fuerza radica solo en esta entrega. El resultado de nuestra rendición es nuestra participación en el poder de la resurrección, en una experiencia visceral de la Unidad que antes solo se esperaba o imaginaba. El ritual reconoce esta interconexión y unidad. Facilita nuestra capacidad de vivir más plenamente, dando testimonio de esta verdad de que todo está interrelacionado, de que todo es Uno. Y, que esta Unidad es amor. Quizá la función última del ritual sea facilitar este único Amor.

Nuestra práctica de contemplación nos prepara para el ritual. Dicho simplemente, la contemplación es el acto de prestar atención a lo ordinario, donde sea agradable o desagradable, prestando atención al aquí y ahora, ya sea tristeza y alegría. Sentirnos presentes a nosotros mismos y a lo Sagrado que nos rodea, permitiendo que el espíritu nos traiga lo que necesitamos: éstas son prácticas que permiten una receptividad al poder del ritual.

Este despertar a la largueza y a las experiencias a menudo inconexas de la vida da lugar al deseo y la necesidad de ritual. A continuación, se presentan las preguntas más comunes: ¿Cómo

planeamos un ritual que pueda integrar las piezas dispares de nuestras vidas? ¿Cómo facilitamos un ritual que es integral, que profundiza la energía y el poder del amor?

-----

Pat, miembro de la Congregación de San José, es un facilitador que trabaja con congregaciones en los Estados Unidos y Canadá.

Recursos recomendados

- Francis Weller, «The Wild Edge of Sorrow: The Sacred Work of Grief» [«El límite salvaje del dolor: el arte sagrado de atravesar el duelo»], 2015
- Entrevista a Francis Weller por Thomas Hubl (<https://www.youtube.com/watch?v=zv6-uktHo0A&t=3s>)

Formación: 양성 casa madre: 본원 hermanas 수녀들 또는 회원들, vida religiosa 수도생활